

## EL ESQUILINO.

TRADICIONES Y RUINAS DE LA ROMA PAGANA. — MONUMENTOS  
DE LA ROMA CRISTIANA.

### I.

Una selva de hayas (*Esquilæ*) cubria la vasta colina, que se alza al oriente del Palatino: como la anterior se llamó *Viminal*, por los sauces que en ella crecen, y la inmediata se llamará *Mons quærquetulanus*, por las carrascas, que le dan sombra, así ésta se llama *Mons Esquilinus*, por su hermoso bosque de hayas (*lucus fagutalis*), tan queridas del Padre de los dioses.

Con esta etimología, preferida por Varron, que es autoridad de gran peso, se habian conformado los eruditos, hasta que se despertó la afición á los estudios *prehistóricos*; merced á la cual, considerando como de ayer los tiempos de Numa y los de Rómulo, se ha pretendido fundar una serie entera de Romas, que se pierde allá en las últimas regiones de la fábula.

Segun conjeturas de esos envidiables viajeros del vacío, una de las dominaciones, que pasaron por las colinas inmediatas al Tiber ántes de la romana, fué la de los ligures, los cuales ligures eran exactamente los iberos de entónces, y hablaban la lengua misma de nuestros vascongados de ahora. Humboldt es quien en este punto ha llevado más adelante las investigacio-

nes histórico-filológicas. Con *Esk*, el nombre genuino de los vascos (*euskaros*), y la palabra *ilia*, que en su idioma significa residencia ó ciudad, viene á resultar que *Esquilæ*, como antiguamente se decia, es la residencia de los ligures, y Esquilino el monte en que la tuvieron. No es, pues, un español quien atribuye á la antigua raza ibera el nombre y la poblacion de una de las siete colinas de Roma. Aceptemos en lo que vale esa honra de los tiempos prehistóricos, sin olvidar otras más comprobadas de tiempos históricos, no muy lejanos. España envió como ofrenda á la Basílica de Santa María, erigida sobre el Esquilino, la primera plata venida de las Américas. Esto no es dar nombre á la colina, pero es dar idea de la piedad de nuestros Reyes y del generoso instinto de nuestro pueblo.

En la irregular configuracion del Esquilino habia, y aún pueden señalarse, dos alturas, dos puntos culminantes: uno el monte Oppio, así llamado por el nombre de un caudillo tusculano, que acampó sobre las Carinas: es decir, la altura donde está San Pietro *in Vincoli*; otro, el monte Cispio, que igualmente tuvo su nombre de Levo Cispio, guerrero tambien, que ocupó la parte del Esquilino, que dominaba el *Vicus patritius*, esto es, la cumbre en que ahora se levanta la Basílica de Santa María la Mayor.

Bajando, pues, de las esferas de la mitología al terreno firme y llano de la historia, los primeros recuerdos, que ofrece el Esquilino, no pueden ser más tristes. Servio Tulio; el *Vicus patritius*; Tarquino el Soberbio; el *Vicus sceleratus*; con estos nombres se forma el siguiente cuadro. El reinado de Servio Tulio, infatigable reformador de la constitucion romana, que establece el censo y agranda el *Pomarium* y construye las murallas magníficas, no es un reinado tranquilo: la clase patricia lo inquieta y hostiliza. La historia de las conspiraciones y de la rebelion es tan antigua como la historia de la soberbia; y la soberbia es una de las manifestaciones verdaderamente *prehistóricas*; ántes que hubiera historia humana hubo un Luzbel. Servio Tulio, que habitaba en lo alto del Esquilino, mandó á los patricios que vinieran á vivir á la falda. *Patritius vicus Roma dictus est, quod ibi patricii habitaverunt juvente*

*Servio Tullio, ut si quid molirentur adversus ipsum, ex locis superioribus oprimerentur.* Pero los enemigos de Servio Tulio, triunfantes en una conjuracion, le dieron muerte cerca del templo de Diana, dejando en la calle su cadáver. La hija del Rey, Tulia, mujer de Tarquino el Soberbio, subia en su carro la cuesta del Esquilino (*Vicus cyprius*) al galope de los caballos; el auriga se detuvo ante el cuerpo destrozado de Servio Tulio, que yacia en el suelo; la hija sin entrañas mandó que los caballos y el carro pasáran sobre el cadáver de su padre: aquella subida al Cispio, una de las cumbres del Esquilino, dejando el nombre de *Vicus cyprius*, llamóse desde entónces la Cuesta del crimen, *Vicus sceleratus*. Tarquino el Soberbio, digno marido de tan digna hija, ocupó el trono ensangrentado de su suegro, y fué el último de los reyes de Roma. No es, en verdad, edificante el primer cuadro histórico que nos ofrece el Esquilino. Diríase que desde entónces, en todo el período de la Roma pagana, pesa algo de triste y de funerario sobre aquella extensa colina, campo de general sepultura (*miseræ plebi commune sepulcrum*), visitado en las noches de tempestad por manadas de lobos, que acudian al olor de los cadáveres, recorrido en las noches de luna por magos y brujas, que eran terror de los cuarteles vecinos. Allí estuvieron el lago y templo de Mephitis, con el hedor insoportable *qui de aquis nascitur sulphuratis*, y el templo de Diana y el de Juno Lucina, la del bosque (*lucus*), ó la de la luz (*lux*), que ambas etimologías propone Ovidio en los *Fastos*..... *Dedit hæc tibi nomina Lucus, aut quia principium tu, dea, lucis habes.*

No léjos del templo de Juno Lucina, donde se llevaba la nota de los nacimientos, estuvo el templo de la Vénus Libitina, donde se guardaba el registro de las defunciones, y en cuyas cercanías vivian los empresarios de funerales. Dos altares (*Tigillum sororium*), uno á Juno y otro á Jano, se alzan allí, en memoria de la expiacion de Horacio, el matador de su hermana. ¿No es verdad que por donde quiera que se llegue al Esquilino pagano, apénas se encuentran más que vestigios de crímenes y de horrores? La posicion misma del Esquilino entre el Quirinal (de tradiciones sabinas) y el Celio (de tradicio-

nes latinas), abona, hasta cierto punto, su carácter indeterminado é indefinible en la historia política de Roma; semi-aristocrático y semi-democrático, tiene un barrio para los patricios y un vasto enterramiento para los pobres, cuyos cadáveres no son reducidos á cenizas; aloja en las Carinas á la sociedad más brillante, y acoge en la Subura todas las heces sociales de la capital del mundo.

Mecénas, el ministro de Augusto, el protector de los poetas, convierte en jardines deliciosos una gran parte del antiguo enterramiento de la plebe desvalida: *Antea sepulchra erant in loco in quo sunt Horti Maccenatis*, dice un historiador: gracias á la esplendidez y buen gusto del nuevo dueño, las tristes cercanías del *Ager* de Servio Tulio cambian de aspecto y de condiciones:

*Nunc licet Esquilis habitare salubribus,*

dice Horacio: ahora se puede habitar ya en el Esquilino: á los miasmas *mefíticos* ha sucedido el ambiente embalsamado de las flores, y á las tristes y temerosas fosforescencias de los huesos humanos, el resplandor de millares de luces, que se reflejan en la superficie de lagos cristalinos; el ruido fúnebre de las aves nocturnas y de los misteriosos encantadores, que cruzaban aquellos ámbitos de la muerte, se ha trocado en rumor de caprichosas cascadas y de fuentes bullidoras. En los jardines de Mecénas se levanta un pabellon, un pequeño palacio coronado por altísima torre, que ofrece la más bella vista de Roma y de sus contornos. Desde aquella torre asistirá Neron á una gran fiesta de fuegos artificiales, que en su demencia ha imaginado, para poder cantar una noche la destruccion de Troya; al resplandor de otra más ancha hoguera asistirá al incendio de Roma.

En tiempo de aquel Emperador, las proporciones gigantes cas de su casa dorada alcanzaron al Esquilino. *Domum à palatio Esquilias usque fecit.....* dice Suetonio: la parte contigua al Esquilino, que ocupó la casa imperial de Neron, fué destinada á termas en la época de Tito y de sus sucesores.

## II.

Las termas de Agrippa y las Alejandrinas servían de embellecimiento al campo de Marte, y de comodidad y deleite á los romanos, que en sus contornos vivían. Tito escogió la casa y los jardines de Neron para construir otras termas, que sucesivamente fueron mejorando ó engrandeciendo los emperadores Domiciano, Trajano y Adriano, hasta darles por límites el vasto espacio que media desde el Coliseo á la iglesia de San Martín. ¡Á cuántas y cuán importantes reflexiones históricas se prestan los subterráneos de aquel edificio, que hoy podemos recorrer, merced á los exquisitos trabajos de descubrimiento y conservación realizados en estos últimos tiempos! Como quien procede instigado por una pasión devoradora, como quien anhela á todo trance borrar una palabra mal escrita, deshacer una obra que ofende, extinguir una memoria que atormenta, así se emprende y lleva á cabo la transformación de la casa Neroniana, de aquella casa dorada, que representa la más alta expresión material del poder y del orgullo: las termas de Tito surgen (*celeriter*), al decir de Suetonio, en la que fué vivienda de Neron. Las revoluciones y las reacciones no son producto y gabela de los tiempos presentes, ni se han de imputar á determinadas formas de gobiernos; son de todas las épocas y de todos los sistemas, como enfermedad inherente á la flaca imperfecta condición humana: la reacción, que empieza á operarse luégo que el humo de la sangre y de las hogueras de Neron va remontándose y dejando ver la claridad, que de Oriente venía, se descubre en los monumentos de la Roma pagana: bajo este concepto, las ruinas de las termas de Tito, sobre las ruinas de la casa de Neron, ofrecen campo curiosísimo á las más interesantes investigaciones.

Al penetrar en aquellos vastos subterráneos y recorrer ahora con luz artificial tantas cámaras, un día esplendorosas y ra-

diantes, revestidas de mármoles de todos colores, adornadas con estatuas griegas, al examinar aquellos restos de pinturas, que ya en el siglo xvi causaron admiracion y sirvieron de enseñanza á Rafael y á su discípulo Juan de Udine, que ha de multiplicarlas en los muros del Vaticano, el espíritu se siente como sobrecogido en medio de tanta desolacion: hoy es una informe cavidad de tierra y piedras la sala en cuyo centro estuvo la gran copa de pórfido, que vemos en la rotonda del museo Vaticano: el que fué jardin delicioso, hoy es obscuro sótano: la mansion fantástica, decorada por objetos artísticos, como el grupo de Laocoonte (que no léjos fué encontrado), ahora yace en escombros; apénas si se ha salvado alguna parte de los pavimentos de mosaico, que den idea del lujo y la grandeza de los pórticos y de las galerías y de las aulas; nueve grandes estancias, que sirvieron para depósitos de aguas, en el ángulo oriental de las termas, y cuya construccion es todavía asombro de los inteligentes, completan la idea, que puede y debe formarse de aquel monumento imperial. Las *Siete salas* (así se llamaron ántes de descubrirse las dos últimas; ó bien del nombre *Septisolium*, que tuvo en lo antiguo aquel lugar) son consideradas por muchos anticuarios como parte de un edificio anterior á Tito, dependencias del palacio de Neron. Hay, pues, en todas aquellas ruinas variedad de estilos y sucesion de tiempos. Los profesores distinguen perfectamente las piedras, que pertenecen á la época de Adriano, iguales ó parecidas á las que entraron en las obras del foro de Trajano, y adjudican con seguridad á Domiciano y á Tito las que respectivamente mandaron labrar, porque es de saber que la fijacion exacta de las termas de Tito y de Trajano, unas mismas para ciertos anticuarios, y diversas para otros, es de los puntos más oscuros de la arqueología romana. Las termas del Esquilino fueron en su tiempo una de las manifestaciones más celebradas de la romana magnificencia, si bien cederán en lujo á las del Aventino y en proporciones á las del Viminal. Cuatrocientas columnas las adornaban: las mejores obras de escultura y de pintura se veian en sus salas y en sus pórticos. ¿Qué ha quedado de tanta grandeza? ¿Qué ha quedado de la casa de

Neron, que ocupaba los ámbitos de una ciudad, sentándose como reina del mundo sobre un tripode inmenso de colinas? La casa y las termas yacen derrumbadas y desiertas, ofreciendo tan sólo entre la maleza, que cubre su recinto, ó en las rotas bóvedas, que coronaron sus maravillas, algun vestigio leve de lo que fueron. ¡Raro contraste! Los arcos elevadísimos y los muros gigantescos se han hundido, y algunas pequeñas piedras pintadas del suelo se han salvado y sobreviven á la catástrofe. Los palacios de los antiguos dueños del género humano, son hoy un monton de ruinas, que empezando en el Palatino, viene á perderse en las pendientes del Esquilino; y sobre la cumbre de esta colina se alza una Basílica para guardar las cadenas de San Pedro. Las cenizas de Neron perdiéronse en el viento; para honrar la tumba del humilde Pescador de Genesareth, ante la cual se arrodillan los reyes y los sabios, el mundo católico ha construido la Basílica del Vaticano.

De las Carinas, el barrio elegante de Roma, que descendiendo del *Vicus cyprius*, en la pendiente meridional del Esquilino, subia al Ceriolense (anfiteatro Flavio), justificando así su nombre por la figura de un barco, apénas queda vestigio: de la casa de Pompeyo, adornada con *rostros* de naves, ni aún puede señalarse la correspondencia. La fortaleza construida en el siglo ix por el Papa Nicolas I (*Conti*), y que hoy todavía se llama *Torre dei Conti*, en aquella region, fué templo de *Tellus* (la tierra), edificado sobre las ruinas de la casa demolida del cónsul Spurio Cassio, que sufrió la horrible pena de los traidores, en el año 271 de Roma: fué precipitado de la roca Tarpeya: en el templo de Tellus se reunió muchas veces el Senado despues de la muerte de César: allí levantó Ciceron su voz elocuente en favor de la amnistía: él mismo lo dice en su *Filípica* 1.<sup>a</sup>: *In quo templo* (el de Tellus), *quantum in me fuit jeci fundamenta pacis.....*: allí resonaron los últimos ecos de la República romana: allí, por último, sufrieron martirio muchos cristianos en las persecuciones del imperio, como acreditan las actas de San Gordiano, San Cornelio y San Crescencio.

El gran mercado de Livia (*Macelum Livianum*), en el lla-

mado Foro Esquilino, célebre por la defensa de Mario, cuyos trofeos fueron su más notable adorno, y los espléndidos jardines Licinianos, desaparecieron también: de la gritadora *Subura*, barrio irregular y plebeyo, que tocaba en tres regiones, sólo vive el nombre, unido al de una modesta iglesia. Corto es, pues, el inventario de los monumentos de la Roma pagana, dignos todavía de exámen, en la vasta extensión del Esquilino; si se prescinde de las termas de Tito, por considerarlas rigurosamente como una parte de la casa de Neron, quedarán aquéllos reducidos al arco de Galieno, emperador infeliz, que señala ya la decadencia del trono de Trajano y Marco Aurelio, como el arco indica la no ménos visible decadencia de las artes: á los restos imponentes de varios acueductos que se remontan á mejores tiempos para Roma, y para las obras de pública utilidad; y á las ruinas, áun no bien definidas, de un magnífico edificio, que el vulgo llama templo de Minerva Médica (por una estatua allí encontrada), y que los arqueólogos modernos suponen casa y pórtico de aquel mismo emperador Galieno, cuando se llamaba Licinio.

Pero si la mano destructora del tiempo ha pasado por esta colina, quizá con más inexorable rigor que sobre las otras, borrando en ella los vestigios de la Roma de los cónsules y de los Césares, en cambio, la Roma de los Papas se ofrece esplendorosa en la cumbre y en las pendientes del Esquilino: que apenas hay Pontificado desde el siglo primero hasta nuestros días, desde la generación bautizada por San Pedro hasta la nuestra, que no haya contribuido de algun modo á aumentar ó embellecer los monumentos cristianos de la region de *los Montes*.

### III.

¿Quién no conoce los famosos medios puntos de nuestro gran pintor Murillo, que se guardan como joyas en la Real

Academia de Nobles Artes de Madrid? ¿Quién no los ha visto siquiera reproducidos en los bellos grabados de Martinez? Murillo no estuvo nunca en Roma, y, sin embargo, pintó para una santa casa de Sevilla el *Milagro de las nieves*: la inspiración á que debió su origen la Basílica romana de Santa María la Mayor, la más insigne Basílica del orbe despues de la de San Juan de Letran.

«En la colina, que mañana veréis cubierta de nieve, quiero que me erijais la iglesia, que vuestra piedad desea consagrar-me», dijo la Virgen María á Juan, patricio romano, y á su piadosa mujer, una noche del estío del año 352.

Al día siguiente, 5 de Agosto, entre las colinas de Roma y su campaña, abrasadas por los rayos de un sol canicular, apareció coronada de nieve la alta cumbre del Esquilino.

Donde un tiempo fué el gran Mercado de Livia, cerca del templo de Juno, en aquella altura donde habian derramado su sangre no pocos cristianos, dominando el antiguo recinto de templos y de termas y de pórticos, quiso ser adorada de todas las generaciones la Reina de los cielos y de la tierra.

La iglesia, construida al punto sobre el área marcada por la nieve de Agosto, llamóse en un principio Santa María de las Nieves: tuvo también el nombre de Basílica Liberiana, por el Papa Liberio, que hizo su solemne dedicación un año despues; Santa María *del Pesebre* le dijeron los fieles cuando en ella fué depositada la santa reliquia de Belen, traída de Oriente á la vez misma que el cuerpo de San Jerónimo: su verdadera y genuina denominación es *Santa María la Mayor*: no hay, en efecto, en el orbe Basílica más rica y veneranda para el culto de María.

Ya en el siglo v, bajo el pontificado de Sixto III, fué objeto de reparaciones, que alteraron la primitiva planta y sencilla disposición de la Basílica. De Sixto III á Eugenio III nuevas ofrendas y adornos la embellecieron más y más, construyendo, el último de estos Papas, el hermoso pórtico, cuya inscripción se conserva en el pasillo que va á la sacristía, y costeadando dos nobles romanos el rico pavimento de obra alejandrina. A fines del mismo siglo XIII, Nicolas IV reedificó el ábside y adornó

de mosaicos toda la tribuna. Desde esta época, puede decirse que el interior de la Basílica empezó á cambiar y á engrandecerse con nuevas y suntuosas capillas, con adornos y monumentos de gran valor; sobre todo en el siglo xvi, por munificencia de Gregorio XIII, y despues por casi todos los Pontífices, sus sucesores. Su torre, que es la más alta de la ciudad, fué construida por Gregorio XI, como si con ella hubiera querido perpetuar el recuerdo de la venida de Avignon, que cerró, felizmente para Roma, el angustioso paréntesis de los setenta años. La fachada, que es, puede decirse, moderna (Benedicto XIV, 1743), ofrece sobre una espaciosa escalinata de dos tramos, cinco grandes arcos, á que corresponden cinco entradas de la iglesia: la última de la derecha es la puerta Santa, ó del Jubileo, que sólo se abre, como la de las otras tres grandes Basílicas, Lateranense, Vaticano y San Pablo, cada veinte y cinco años: el pórtico inferior y el superior están sostenidos por dos órdenes de columnas, jónicas y corintias; sobre este último hay varias estatuas. Dentro del pórtico inferior se conservan las ocho columnas del antiguo; á la derecha hay una buena estatua en bronce de nuestro rey D. Felipe IV, insigne bienhechor de la Basílica, en cuyo coro tiene asiento, como canónigo de honor, el soberano de España: en el pórtico superior está la *loggia* ó gran balcon, desde donde el dia 15 de Agosto da el Sumo Pontífice *urbi et orbi* la bendicion apostólica. El interior de la Basílica, sin ser tan brillante como el de las de San Pedro, San Juan de Letran ó San Pablo, produce una dulce impresion de ternura y recogimiento, que es, sin duda, el mayor triunfo del arte cristiano. Aquellas treinta y seis columnas jónicas, sencillas, de mármol blanco, que acaso un dia sostuvieron el templo de Juno Lucina, aquellas tres naves severas y silenciosas, la antigüedad de los mosaicos, el artesonado, los monumentos sepulcrales, todo contribuye á dar á la Basílica Liberiana aquel grave aspecto, que tanto caracteriza á nuestras antiguas góticas catedrales. El pavimento de la nave mayor, formado de mosaico finísimo, que llamaban obra alejandrina, y el magnífico techo artesonado de la Basílica, ofrecen un gran recuerdo de la piedad y de la munificencia

españolas. Dos Pontífices Borgia, Calixto III y Alejandro VI, costearon tan difíciles y primorosas obras, empleando para el dorado del techo el oro, que los Reyes Católicos enviaban como tributo de gratitud y de amor á la *Estrella del mar*, que habia guiado las naves de Colon á través del Océano. El primer oro, que trajo á España la valerosa tripulacion de la *Santa María*, á Santa María de Roma lo ofrecieron doña Isabel y D. Fernando. Mas adelante, doña Margarita de Austria, mujer de D. Felipe III, envia á la misma Basílica la magnífica urna de plata, en que estaba la Santa Cuna, ántes de que se construyese la de cristal, que ahora encierra tan preciosa reliquia.

El altar papal, en que se encierran el cuerpo del apóstol San Matías y el de San Epaphras, compañero de San Pablo, está cubierto de un magnífico baldaquino, que sostienen cuatro columnas de pórfido: quizá el altar mismo fué la tumba del patricio Juan, fundador de la Basílica: la capilla ó confesion, que hay debajo, ha sido restaurada y embellecida con los más ricos y variados mármoles por el actual soberano Pontífice, que tiene acaso el pensamiento de dormir allí el sueño de la eternidad: quizá algun dia guarde aquel devoto altar y aquella singular reliquia de la Madre de Dios, la estatua de un Pontífice, que unió gloriosamente su nombre á la declaracion de un dogma de la Virgen.

Dos capillas hay de primer orden en la Basílica Liberiana: la de Sixto V, que suelen llamar *Sixtina*, y la de la familia Borghese. La primera (del Sacramento), tiene la forma de cruz griega con cúpula bellísima; frescos, mármoles y bajo-relieves la adornan por todas partes; un antiguo sarcófago cristiano sirve de altar; á la derecha, enfrente, hay un San Jerónimo de Ribera (el *Spagnoletto*); dos monumentos notables llaman, sin embargo, la atencion enmedio de tantos primores artísticos; la tumba de San Pío V y la de Sixto V; el dominico y el franciscano: los dos grandes caracteres, que con el de Felipe II llenan la segunda mitad del siglo xvi. «A San Pío V, P. M. del orden de predicadores, Sixto V, P. M. del orden de menores»: no puede darse un epitafio más lacónico ni más expresivo. La capilla Borghese, fundada por Paulo V